

## V

### EL NUEVO RUMBO ESPAÑOL

El primer ibero distinguido en la historia del cristianismo fué Osio, prominente en el Concilio de Nicea; el segundo, fué Orosio, colaborador de Agustín en la controversia antipelagiana. “El pío, el inmortal Osio — exclama Forner —, fué el instrumento que empleó la mano de Dios para perpetuar la regla de tu unidad y el eterno fundamento de tu duración, dejando a los hombres el símbolo de los decretos del cielo, para que restituyan la paz a la tierra...”<sup>134</sup> España se inicia en la historia cristiana produciendo y persiguiendo herejías. “Cuando los diputados por Aragón — cuenta McCrie —, pidieron una reforma de la Inquisición, Carlos V respondió: «que por ningún concepto olvidaría su alma, y que prefería perder parte de sus dominios antes que permitir que en ellos se hiciera algo contrario al honor de Dios o a la autoridad del Santo Oficio.” (*Op. cit.*, pág. 259).

El 25 de octubre de 1555 presencia la corte imperial, en Bruselas, la ceremonia de abdicación de Carlos V. El Emperador, de pie, con su mano izquierda apoyada en el hombro de Guillermo de Orange, pronunció un discurso, en el cual se enjuicia a sí mismo: “Nueve veces fuí a Alemania la alta, seis he pasado en España, siete en Italia, diez he venido aquí a Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fuí contra Africa... sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Medite-

rráneo, y tres el océano de España, y ahora será la cuarta, que volveré a pasarlo para sepultarme... La mitad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras, de las cuales puedo decir con verdad, que las hice más por fuerza y contra mi voluntad...” Y si no abdicó antes, fué porque lo impidió “el miserable estado de la República cristiana, viéndola con tantos tumultos, novedades, opiniones en la fe, herejías temerarias y escandalosas, guerras más que civiles... me detuve por no faltar a lo que debía, si no gastar mis fuerzas, mi hacienda, la quietud, y lo que más es la vida, por el bien de la cristiandad... Yo hice lo que Dios fué servido, porque los sucesos (éxitos) de las guerras no todas veces están en manos de los hombres, sino en la voluntad de Dios... Hize lo que pude y ayudóme Dios...”<sup>135</sup>

*El honor de Dios*, el ideal caballeresco, la teología anselmiana, fruto híbrido de Platón y la barbarie gótica, la Edad Media prolongándose en la España del siglo XVI<sup>136</sup>. En el *Aviso del Emperador al Príncipe su Hijo*, esta voluntad de cruzada aparece otra vez, siempre en la extraña compañía de un anhelo de paz: “la cosa que a Dios más he encomendado es la paz, sin la cual no puede ser bien servido... debéis tener continuo cuidado y solicitud de obviar (las guerras) por todas las vías y maneras posibles, y nunca entrar en ellas, sino forzadamente, y que Dios y el mundo sepan y vean, que no podéis hacer menos... Y cuanto al Papa presente, ya sabéis cómo se ha habido conmigo, y señaladamente cómo ha cumplido mal lo capitulado por esta última guerra... y la poca voluntad que ha mostrado y muestra a las cosas públicas de la Cristiandad, y especialmente en lo de la celebración del Concilio, no embargante, que con esperanza que él haría buena obra... hice el casamiento de mi hija Margarita con el Duque Octavio, su nieto.” A pesar de lo cual, ordena acatar, respetar y defender la Santa Sede, teniendo en cuenta tres principales dificultades

que permanecen sin resolver: lo de Nápoles, lo de Sicilia, la premática de Castilla. (Morayta, *Op. cit.*, págs. 1034-1048). Carlos no había olvidado las enseñanzas erasmianas del *Príncipe Cristiano* y la *Querella Pacis*, ni los consejos de su autor, impartidos al joven soberano desde 1515, cuando era solamente el Archiduque Carlos<sup>137</sup>.

El espíritu medieval de Cisneros, Isabel y Fernando, luchan en el alma de Carlos V contra Talavera, Erasmo y Osuna. “Yntimamente asosiega y acalla tu entendimiento, aconseja Osuna: la razón, la ira, la fuerza, el espíritu, las cuatro fases en la visión de Ezequiel, hombre, león, becerro, águila combaten en el *Castillo Interior*. El Emperador busca sosiego, sepultándose en Yuste. Al cabo del siglo, su hijo hará lo propio sepultándose en El Escorial. España huye de su sombra refugiándose en la sombra de criptas medievales: “Tres veces he navegado el Oceano de España — dice Carlos V —, y ahora será la cuarta, que volveré a pasarlo para sepultarme.”

“A nosotros se nos erizan los cabellos — dice Balmes —, a la sola idea de quemar a un hombre vivo. Hallándonos en una sociedad donde el sentimiento religioso se ha amortiguado en tal manera... no alcanzamos a concebir que pasaba entonces como un suceso muy ordinario el ser conducidos al patíbulo esta clase de hombres.” (*Op. cit.*, pág. 219). No hay duda, la pérdida de aquel *sentimiento religioso* ha significado un progreso para la sensibilidad humana. Y, sin embargo, el maestro Ripoll, contemporáneo de Balmes, “fué ahorcado y su cuerpo quemado públicamente, por gestión del Santo Tribunal.”<sup>138</sup>

“La época de Felipe II — continúa Balmes —, fué crítica y decisiva en Europa... su poder y habilidad formaron un contrapeso a la política protestante... Es menester mirar a Felipe II desde este punto de vista... considerado así, es un gran personaje histórico, de los que han dejado un sello más profundo en la política de los siglos siguientes, y que más influjo

han tenido en señalar una dirección al curso de los acontecimientos.” Claro, Felipe II es el más grande símbolo del Nuevo Rumbo Español, y El Escorial, el más claro símbolo de Felipe II. (*Op. Cit.*, págs. 215-222). Es él quien determina definitivamente la nueva “dirección al curso de los acontecimientos” en la trayectoria de España, iniciada por Fernando e Isabel, indecisa en el Emperador, firme, grave y fría como El Escorial en Felipe II.

“Carlos V — dice Ricardo Rojas —, rey exótico, entró a sangre y fuego en España, y el pueblo español lo resistió denodadamente; fundó el imperio sobre las ruinas de las instituciones castizas y el exterminio de las virtudes civiles. El mató el espíritu público de las comunidades y los gremios. El divorció al pueblo español, del estado totalitario que en el siglo XVI él funda y personifica. Su locura cesárea interrumpe la gestación castiza iniciada por Alfonso el Sabio en el orden cultural y por Doña Isabel y Fernando en el orden político... Entró a reinar sobre la ruina de las libertades españolas, que ahogó en sangre durante la guerra de las Comunidades...” Tanto él, como los sucesores, se mantuvieron por la corrupción o la fuerza, y si España subsistió fué por obra del pueblo mismo, que nutría la historia con personalidades vigorosas en el pensamiento y en la acción.”

La sombra de Felipe II, como la del Comendador que persigue a Calixto, el burlador de Melibea, vuelto don Juan en el drama de Tirso, se petrifica en El Escorial. “La opresión del genio ibérico — afirma el profesor argentino —, que Carlos V inició por el hierro, la continuó el hijo por el fuego, fríamente en el designio y ostentadamente en la realización... carácter suntuario, solemne, reglamentado, de los autos de fe, que convirtieron en un espectáculo oficial... Triste destino del genio ibérico, sometido a la presión de dinastías extranjeras... Des-

pués del siglo XV, gobierna a España un espíritu ajeno a su propio ser.”<sup>139</sup>

Una comparación del magistral relato de la muerte de María Tudor, hecho por D'Argoud, y los horrendos espectáculos públicos llamados *Autos de Fe*, hará ver a Juderías, a Balmes, y a todos los que excusan la barbarie española, cuán diferente es la persecución religiosa del Protestantismo. Las estadísticas de la Inquisición española sobrecogen de terror a todo espíritu que no participe del sentimiento religioso añorado por Balmes. El total de víctimas, a partir del primer auto de fe oficial, el 6 de febrero de 1481, alcanza a 340.000 víctimas, de éstas 34.658 quemados vivos y 18.049 quemados en efigie<sup>140</sup>. Entre estos últimos, por fortuna para él, se cuenta Antonio Pérez, secretario privado de Felipe II, y único testigo fidedigno del asesinato de Escobedo. No sabemos el número exacto de protestantes procesados. McCrie ofrece un relato confiable en el séptimo capítulo de su obra. Raimundo González Montes añade a su obra *Artes de la Inquisición Española* un “Elojios de Algunos Píos Martires”, donde ofrece noticias, históricas unas, legendarias otras, de los más notables Reformistas procesados en Sevilla.

Fué San Agustín quien dió a la *persecución*, como a tantas otras prácticas de la Edad Media, sus bases doctrinales. “Al principio opinaba — dice —, que nadie debía ser constreñido por la fuerza a entrar en el redil cristiano, que era necesario emplear discusión, razonamiento y persuasión.” Pero frente al Donatismo empezó a opinar de otro modo. Orosio viene desde España para consultarle sobre Prisciliano, y para ayudarlo luego contra Pelagio. “Si viésemos a uno de nuestros enemigos — argumenta —, bajo el delirio de una fiebre, correr hacia un precipicio para lanzarse en él, sería correcto pagar el mal con el mal, y dejarlo destruirse así?... Es necesario distinguir entre la persecución de Moisés y la de Faraón una es por

tiranía, la otra por amor y también el Señor ordena «forzarlos a entrar» (Lucas 14:23); porque nadie viene al Hijo si el Padre no le arrastra, y tampoco Dios perdonó a su Hijo, sino le entregó a la muerte a causa de nuestra salvación.”<sup>141</sup>

Cuenta McCrie que cuando Domingo de Rojas, hijo del Marqués de Poza, iba a ser ejecutado, y al pasar junto al palco del rey le dijo: “¿Podéis, Señor, presenciar así los tormentos de vuestros inocentes súbditos? ¡Salvadnos de una muerte cruel!”, Felipe II respondió: “¡No! Yo mismo llevaría la leña para quemar a mi propio hijo, si fuera tan desventurado como vosotros!”<sup>142</sup>. Ni el error de Pelagio, ni las fantásticas elucubraciones de Prisciliano, pudieron llegar jamás a estos extremos de salvajismo, frío y refinado como la parrilla pétreo de El Escorial.

Merriman ha llamado a Felipe II el “símbolo perfecto de España.” Tal vez lo sea por la múltiple contradicción de su espíritu, por la compleja violencia de su interior, soterrada bajo un exterior grave y silencioso como el paisaje castellano. Antonio Pérez, huyendo de Felipe, refugiado y consejero en la corte de Enrique IV de Navarra, el rey hugonote, y amigo más tarde, de lord Bacon, tal vez sea otro símbolo, aunque inadecuado, de la otra España. El cuerpo putrefacto de Felipe, comido de gusanos, escoria mezquina del soberbio, solemne y sombrío Escorial, es también el símbolo del Imperio, visión apocalíptica de su desintegración<sup>143</sup>.

Once grupos al menos, en este desgraciado momento, se debatían en sorda guerra el porvenir de España en su propio interior. La Santa Sede, representada por la alta jerarquía de la nación; la patria española, que desde Juan II hasta Fernando e Isabel, habíase colocado a la cabeza de los reinos europeos; las Ordenes monásticas y militares; los restos de la nobleza feudal, aun poderosa; las Comunidades, Behetrías, Germanías y Gremios, celosos de sus Fueros conquistados en buena lid; los

Reformistas, complejo aun dentro esta variedad interna; los Protestantes de influencia extranjera; la Inquisición, con estructura e intereses propios; los intelectuales, humanistas, hombres de letras; los hebreos y finalmente la morisma. Sobre todos ellos logra Fernando establecer un poderoso ejército, que se inicia con la victoria de 1466 sobre Alfonso I El Africano, en Toro, y se pasea victorioso con El Gran Capitán y con el Emperador por toda Europa. La Inquisición, otro ejército no menos inexpugnable, dió a los soberanos el dominio absoluto de los espíritus.

La razón de Estado, es la suprema razón, aunque so pretexto ingenuo de servir a la fe católica romana. En la carta de fundación de El Escorial, y en su testamento, dejó Felipe II disposiciones para su cumplimiento *post mortem*, como órdenes militares para sitiar el trono de Dios: una pirámide sacramental de misas más imponente que su sepulcro. “Ordeno que lo más pronto posible se digan treinta mil misas para el descanso de mi alma.” Y luego: en la tarde anterior al aniversario de su nacimiento, al día siguiente, en el aniversario de su muerte, al día siguiente, misa de *requiem* cantada<sup>144</sup>. Quien así podía disponer de la muerte, también de la vida. La razón de Estado es la voluntad absoluta del cristianísimo y católico Rey. “Así como la Iglesia deja de ser comunidad voluntaria de los fieles que profesan su doctrina, así el Estado deja de ser órgano coordinador de las acciones, pero tolerante ante el pensamiento; acción y pensar se funden, y por eso a su vez se identifican Estado e Iglesia... desaparece la distinción jurídica entre Estado e Iglesia... con el principio de “Razón de Estado” intenta justificarse el Estado-Iglesia, intenta justificarse el drama creado a la conciencia disidente...”<sup>145</sup>

En 1557 Felipe escribe al Duque de Alba con ocasión de la Paz de Cavi: “que en la época de su nacimiento (1527) Roma era presa de grandes calamidades, y sería injusto por su parte

someterla a males similares al comienzo de su reinado; por lo tanto, era su voluntad que se firmara prontamente la paz, en términos que no fueran deshonrosos para su Santidad; porque el preferiría más bien sacrificar los derechos de su corona antes que tocar en lo más mínimo los de la Santa Sede.” Durante esta guerra Paulo IV excomulga al Rey, a la vez que se alía con Enrique II de Francia y con el Sultán de Turquía en su contra. Pío IV, en bula del 9 de mayo de 1561 declara nulo y sin ningún valor el proceso seguido por su antecesor<sup>146</sup>. Es en este ambiente que se celebra el Concilio de Trento (1545-1563). Para España, Trento es otro escenario en que se desdobra el alma española, y una vez más España combate contra su propia sombra. El señor Serrano y Sanz ha publicado, en el segundo volumen de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, las narraciones de don Martín Pérez de Ayala, Arzobispo de Valencia, y don Pedro González de Mendoza, obispo de Salamanca, la versión de una España, muy diferente a la versión de la otra España, la jesuítica de Laynez y Salmerón, que ya empezaba a ser como la voz ominosa de la sombra que dramatiza Lope en *El Caballero de Olmedo*. Jerónimo Zurita, uno de los teólogos del Concilio, narra en una carta famosa, el momento del traslado del Concilio a Bolonia. “*Allá quedades, marranos*”, exclama el español<sup>147</sup>. Entre esos *marranos* iban los Jesuítas, combatidos al principio, no sólo por Melchor Cano y Arias Montano, sino también por el propio Felipe<sup>148</sup>. Trento triunfó, y sobre Trento, el espíritu jesuítica.

De noche le mataron  
al caballero,  
la gala de Medina,  
la flor de Olmedo.

Loyola fué canonizado en 1609. *Perinde ac si cadaver essent*. “Yo no creo haber abandonado el servicio militar, sino haberlo

consagrado a Dios”, dice San Ignacio<sup>148</sup>. La sombra jesuítica, alter ego de Felipe II, se extendió sobre España. “Cuatro siglos hace que España se postró de hinojos ante la idea religiosa y se entregó a ella sin permitir disidencias; se organizó como una orden militar para la causa de la fe, adoptando la estructura de una iglesia”, dice Fernando de los Ríos. (*Op. cit.*, pág. 71). Estructura vacía, *como si fuera un cadáver*.

El ejército es disciplina y obediencia colectiva, reserva individual. “La influencia del Ejército y de la Iglesia en España se explica mucho mejor teniendo en cuenta — advierte Madariaga —, las ideas generales (explicadas) sobre la psicología del pueblo español. . . Mientras el resto del país carece de cohesión, el Ejército y la Iglesia constituyen fuertes unidades.”<sup>149</sup> Inglaterra no derrotó a España en tierra, teatro del Ejército, sino en el mar Océano, abierto por España para el mundo, la invitación a la libertad y a la aventura. Con la Armada Invencible muere una época española: la del descubrimiento, la exploración y la conquista.

La mística española, a partir de este momento, crece en la sombra, pálida y enfermiza como una aspiración frustrada. El gongorismo, el conceptismo, el plateresco, el barroco, son otros tantos modos de volver el alma sobre sí misma, cerrados los horizontes amplios del Mar Océano. Cervantes y Santa Teresa marcan la frontera. En 1609 Felipe III expulsa del país a los supervivientes del genio semita. Culmina en ese año una larga y trágica lucha de España consigo misma. “En los mismos momentos — dice Morayta —, en que España saludaba el feliz acabamiento de la Reconquista, y cuando más potentes eran los servicios prestados por los hebreos, publicóse en Granada (marzo 31 de 1492) el famoso Edicto de la expulsión. . . La expulsión de los judíos sentó los fundamentos de esta conquista. . . que en sí llevaba todos los gérmenes de destruc-

ción.” (*Op. cit.*, págs. 84-90). La pretensión ecuménica de Isabel según Waldo Frank, era “hacer del mundo el cuerpo de su Estado, y de su Estado, el cuerpo de Cristo... Tenía la pasión semítica para actualizar la teoría. El místico español del *Siglo de Oro* estará más cercano al profeta hebreo, al pensador árabe y al guerrero morisco que al paulinismo platónico que trueca la tierra en sombra para poder despreciarla... Pero los valores conscientes y las formas de su espíritu de cruzada eran católicos y medievales”<sup>150</sup>. La más violenta contradicción del alma española radica en la tensión de su realismo concreto, herencia biológica y espiritual semítica, y el idealismo abstracto, herencia formal y teórica de un platonismo medieval, pervertido por el cruce con la decadencia grecolatina y la barbarie nórdica.

Los hebreos y los árabes son los grandes maestros del genio español desde los años primerizos de su romance con Alfonso X hasta su madurez con Fernando de Rojas. Cervantes llamase padrastro de don Quijote, y no padre, que lo es el fondo semítico de su estirpe, cide Hamete Benengeli. La visión del profetismo hebreo, en el alma de Colón, alcanzó más lejos que la miope cosmología medieval. En 1555, cuenta Martín Pérez de Ayala “tuve modo de hacer venir dos judíos bautizados en diversos tiempos para pasar el Testamento Viejo y Profetas por las propias fuentes...” Y éste es el caso corriente y ordinario de Prelados, humanistas y pueblo, educados por rabinos y maestros hebreos.

No es Gebhart el único en notar la común esencia del misticismo español más auténtico y el espíritu hebreo. Teixeira de Pascoaes ha hecho, sin proponérselo, en su *San Pablo*, el más profundo análisis del genio religioso español. “Esta sobre *San Pablo* — dice Unamuno refiriéndose a la obra —, nuestro San Pablo, me parece el hecho más entrañado de la espirituali-

dad religiosa ibérica de nuestros días... ¡San Pablo y abre España! ¡Cómo pasa San Pablo como una sombra viva y engendradora de sombras por las apretadas y encendidas páginas de este libro! Y con él Don Quijote, Santa Teresa, e Iñigo de Loyola, el vasco. Aunque Iñigo, el soldado del catolicismo jesuítico, racionalista, el antimístico, ¿qué iba a hacer en este libro de íntimo espiritualismo? Espiritualismo más que idealismo.” (págs. VII-VIII). Y San Pablo se ha revelado a sí mismo como *hebreo de hebreos*. Por este libro pasa la otra sombra, no la de Felipe II, sino la de la España semítica, la que motivó dos libros con el mismo título, *El Tizón de España*, que ni la sangre derramada, ni los fuegos de la Inquisición, ni todas las aguas de los tiempos han podido borrar<sup>152</sup>.

Las tres acciones más eminentes, simbólicas de la gloria de España, suceden en 1492: la toma de Granada, el descubrimiento de América, la expulsión de los hebreos. Al expulsarlos España renegaba de su propio ser; España huía de sí misma. Historia o leyenda, el símbolo es igualmente válido. “Al llegar a Turquía en busca de una patria... su rey Bayaceto, admirado, exclamó: “¡Este me llamáis el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra!” (Morayta, *Op. cit.*, pág. 89). “Este libro — dice Unamuno nuevamente —, es, en gran parte, uno de mis espejos. ¡Y cómo me da a conocer a mí mismo!” La España eterna encuentra y reconoce, por sobre veinte siglos, la imagen de su sombra.

“La historia de España entera — sentencia Ortega y Gasset —, y salvas fugaces hornadas, ha sido la historia de una decadencia.” La causa hay que buscarla en la Edad Media: embriogénica defectuosa. Así también se explica la “sobra de vigor de 1480 a 1600, el gran siglo de España... La unidad se hizo tan pronto porque España era débil...”<sup>153</sup>. Waldo Frank ofrece otro diagnóstico: “España utiliza toda su energía y su

sangre en la tarea trágica de volverse a la Edad Media... Para evitar que los elementos semíticos hostiles, que en el mediodía de la Europa medieval impidieron a España participar en la gran síntesis, la retengan ahora, Isabel expulsa al judío y al moro de sus reinos. Ya es tarde. El espíritu disidente trabaja en España". Don Quijote es la encarnación de este forcejeo <sup>154</sup>.

"La unidad dogmática y el extremado recelo respecto de los descendientes de infieles o herejes — dice Altamira —, no consiguieron crear un pueblo en que la práctica de la vida respondiese a la significación religiosa. La corrupción general de costumbres... pasaba muy a menudo los límites del respeto a las cosas sagradas y a los preceptos de la Iglesia, en forma muy parecida a la que caracteriza la vida en el siglo xv. Las prácticas de la religión eran en muchos más aparentes que reales... Las mancebías... existían hasta en las Universidades, como en la de Salamanca... Las uniones contra naturaleza se desarrollaban de tal modo en la Corte, que fué preciso ejecutar castigos duros para desarraigadas... En 1636 fueron quemados varios sodomitas... Valencia llegó a tener fama europea en cuanto a costumbres licenciosas... Lo mismo ocurría en las colonias... Una carta de Felipe II al Cardenal Pacheco (de 1575), habla de "los excesos y deshonestidades" que los fieles cometían en las iglesias en Jueves y Viernes Santos... Los sacerdotes, portadores del Santísimo Sacramento, eran objeto de irreverencia en las calles. Dogma y conducta no corren parejas: expresión perpetua de la desintegración española. Jansenismo y Jesuitismo es el paralelo, en un nivel más alto, de esta misma dualidad <sup>156</sup>.

"Las causas iniciales de la vida y de la muerte son las mismas", dice Oliveira (*Op. cit.*, pág. 362). Las virtudes se polarizan en vicios, Quijote y Sancho no vuelven a reunirse jamás. Don Fernando de los Ríos señalaba con entusiasmo hace veinte

años, cuando le escuché por vez primera, la presencia en España de "una minoría de singular relieve desde el siglo xvi, y que (busca) esa síntesis religiosa, lograda con emoción, la que, sostrada, se sigue sosteniendo hoy..." <sup>157</sup>.

Recién ahora he oído al poeta León Felipe proclamar, desde la tribuna de la Universidad de Puerto Rico, que se roba el Salmo (la Biblia), y con ella, vuela como Jonás y como Job, en el torbellino de Jehová. Aquí, en América, es futuro todavía el *Destino de los Pueblos Ibéricos*.

En 1545 y en 1546 salieron de la imprenta mexicana dos ediciones de la *Suma de Doctrina Cristiana*, del Dr. Constantino Ponce de la Fuente. En 1590 Cervantes pide un puesto en Charcas, virreinato entonces. "Cerrada la puerta de América, Cervantes salió por otra puerta... En el Quijote está lo genuinamente español, no en El Escorial... La vida de Cervantes en el siglo de Felipe II es la de un ibero sin rango oficial en el estado exótico, mientras su Quijote es el mito de su propio subjetivismo alucinado, evasión del genio ibérico en la aventura individual... El rey papelista firmaba muchas *Leyes de Indias*, mientras aquí en América la vida seguía cursos por él no sospechados. La vida era aquí obra de los españoles evadidos de su reino peninsular. Cervantes llamó a América "refugio de los desesperados de España." Hoy, con el sueño de Manuel Gálvez, vemos los americanos, no en Argentina, sino en todo el hemisferio que "va naciendo una raza predestinada en tiempos próximos a destinos magníficos..." ¿Raza latina?... No, el hombre americano <sup>158</sup>.

Nacimos de aquel vórtice. Ningún bien forjado por el hombre nace limpio de mal. Hemos gozado en Puerto Rico la presencia de Waldo Frank y de León Felipe, su traductor de *América Hispana*, simultáneamente: ambos herederos del genio semítico español. "Esta es la misteriosa ley de la his-

toria — dice el uno en *España Virgen* —, que lo divino está presente en la vida, así como en la muerte, en el No y en el Sí. Dios no edifica su revelación sobre la tierra para después volver su rostro mientras el hombre la destruye. Allí también está, en medio de la destrucción. Estaba allí cuando los profetas crearon al judío. Estaba allí también cuando los fariseos y el Cristo esénio destruyeron al judío. Estaba allí cuando los santos y los Padres edificaron la Roma católica. Y estaba allí cuando Lutero, Calvino, Goethe, Blake consumieron a Roma en su fuego.” (pág. 192). Ahora Dios está en América.